



SUE ZURITA

Autora de El viaje de los colibríes

LOS PÁJAROS
QUE HABITAN
MI CORAZÓN
Y OTROS CUENTOS



Grijalbo

Buenas noches, desolación

1

El día que Ismael se fue dejó una herida profunda; llegué a creer que jamás sanaría. Mi mundo se derrumbaba ante mis ojos, trataba de esquivar los escombros para que no me cayeran encima, pero fue inevitable: algo me aplastó con fuerza el pecho y me dificultó la respiración. En medio de ese ataque de ansiedad me tumbé en el suelo detrás de la puerta con la esperanza de que él regresara; así pasaron veinticuatro horas, pero él no volvió. Aunque estaba consciente de que no debía permanecer tirada en el suelo, por un momento —lo confieso— deseé quedarme ahí dormida y no despertar, pero el fin de semana había acabado, la casa estaba sucia, no había comida en el refrigerador y era momento de volver a la oficina.

No me maquillé, sólo me recogí el cabello en una coleta, tenía los ojos hinchados y me veía muy demacrada, lo cual no me importaba. Como no tenía ropa limpia, saqué del cesto de la ropa sucia un traje gris, me cercioré de que no oliera mal, le rocíe un poco de perfume y lo planché. No necesitaba ver mi rostro en el espejo para saber lo mal que lucía. Aun ahora que me da risa, a veces me resulta penoso admitir que el estrago que su abandono causó en mi vida fue tal que llegué al grado de abandonarme a mí

misma. ¿Qué clase de persona se quiere tan poco como para poner toda su dicha en manos de otra?

Conocí a Ismael en una cafetería en Coyoacán. Por aquel entonces los dos teníamos veintidós años, él estudiaba idiomas y yo administración. En la cafetería, me acerqué al mostrador buscando a la encargada, el lugar parecía vacío y yo al principio no noté la presencia de él, que estaba sentado en una esquina:

—Fue a buscar algo, ahorita regresa —me informó mientras se ajustaba los anteojos.

—Gracias —respondí con indiferencia y tomé lugar en una de las mesas.

Cuando la encargada regresó, Ismael se levantó de su asiento y se dirigió hacia ella, pagó un café y se ofreció a pagar otro para mí. La chica preparó los cafés e Ismael los recibió, luego fue hasta mí con un vaso en cada mano y me preguntó:

—¿Puedo sentarme contigo?

Desde ese día nos hicimos amigos. En ese entonces era un chico torpe, siempre despeinado y de sonrisa tímida. Sus padres tenían una fábrica de calcetines cerca de CU.

A mi madre le agradó desde que lo conoció.

Cinco meses después, durante la euforia del partido Chivas contra Toluca, donde el primero se coronó campeón, me pidió ser su novia:

—¡Ganamos, amor! —gritó y después me plantó un beso en los labios—. Irene, estoy enamorado de ti. ¿Quieres ser mi novia?

—¡Sí! —respondí igualmente extasiada.

Nos graduamos ese mismo año y decidimos vivir juntos. Rentamos un bonito departamento en el centro de Coyoacán, tenía un balcón en el que coloqué macetas con helechos y flores. En

la sala colgamos un corcho donde colocamos postales de lugares que soñábamos visitar: Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Guatemala, Argentina. Jamás fuimos a ninguno.

Al cumplir veinticinco años comencé a preguntarme si ya era el momento de tener hijos; Ismael, por su parte, evitaba el tema, siempre decía: “Más adelante, aún no estamos listos”.

Por esas mismas fechas falleció su padre. Para demostrarle mi apoyo renuncié a mi trabajo y me hice cargo de la fábrica, no me importaba perder más de cuatro horas diarias en el tráfico para ir y venir. Ismael seguía de profesor en un centro cultural ubicado a unas cuantas calles de distancia de nuestro departamento.

El teléfono no dejaba de sonar. Intentaba concentrarme en el trabajo, pero me resultaba imposible, a mi mente llegaban pensamientos absurdos, recuerdos de mi relación con él, preguntas sin respuestas. Cada hora le enviaba un mensaje de texto rogándole vernos en la cafetería de siempre, le dije que esa noche estaría ahí a las veinte horas, pero Ismael no respondió. Durante mi receso en el trabajo no probé bocado, me fumé tres cigarrillos, le llamé por teléfono doce veces y todas me envió directamente al buzón. Lloré en el baño, me sequé las lágrimas, me lavé la cara y volví a llorar. Al terminar el turno laboral ya no tenía más uñas que morder, inclusive llegué a sangrar un poco de las comisuras de los labios.

Para mi buena fortuna nunca fraternicé con las personas del trabajo, por eso es que nadie se atrevió a preguntar qué me pasaba, aunque más de uno me miró intrigado y seguramente murmuraron a mis espaldas.

En la cafetería, el reloj avanzó rápido y de pronto ya eran las diez de la noche. Llevaba un par de horas esperando a Ismael, pues, aunque no me había confirmado la cita, no perdía la

esperanza de que en el último momento decidiera acudir. “Irene, ya vamos a cerrar”, me dijo Nancy, la mesera, y recogió la taza de capuchino de la que no había bebido ni un sorbo. Pagué la cuenta y salí de la cafetería.

En la calle comenzaba a sentirse el frío, las parejas abrazadas pasaban a mi lado, llena de rabia aventé el móvil a un bote de basura y grité: “¡Te odio, Ismael!”. Por supuesto, las personas voltearon a verme y yo, al tiempo que hacía un gesto obsceno con las dos manos, las confronté: “¿Qué me ven?”.

Al llegar a casa me quité toda la ropa y me metí a la ducha, mis lágrimas se confundían con el chorro de agua fría que me caía encima, de pronto perdí la fuerza para sostenerme y me desmoroné. Una hora después salí de ahí, me envolví en la toalla, el pelo mojado y enredado me caía en la espalda. Arriba del refrigerador había una botella de whisky casi nueva, fui por ella y en un vaso coloqué un par de cubos de hielo y me serví un trago, después otro, otro más y así me llegó la mañana, hasta que me quedé dormida en el sofá de la sala. Cuando desperté ya era mediodía: “¡Diablos!”, exclamé.

Me reporté enferma, le pedí a Micaela, la subgerente de la fábrica, que se encargara de todos los asuntos. Por la resaca pasé casi todo el día durmiendo, pero en la tarde los retortijones en el estómago me despertaron: tenía hambre. Fui al restaurante de enfrente y pedí una sopa de verduras. No quería volver a casa, por lo que decidí caminar en el parque, me sentía tan fuera de mí como un ente que vaga y nadie lo percibe, que a nadie le importa y que nadie lo extraña.

En ocasiones, el cansancio emocional es tan intenso que te sacude el cuerpo y penetra hasta los huesos. Esa noche no solté ni una lágrima más. ¿Me estaba resignando? Quizá. Me quedé dormida profundamente, con un oso de peluche entre los brazos.

La alarma sonó a las seis de la mañana y sin chistar me desperté. En ese momento me di cuenta de que mi ropa, mi habitación y el departamento entero seguían siendo un desastre, entonces llamé de nuevo a la oficina: “Ya me siento un poco mejor, pero... voy a tomarme el día libre, encárgate de todos los pendientes, Micaela”.

Se puede decir que mi vida era ordinaria. Desde que conocí a Ismael, él se volvió mi mundo. Era hija única, no tenía amigos cercanos y mi madre vivía en otra ciudad. Me dedicaba cien por ciento a la fábrica. En algún momento llegué a pensar que por eso me había dejado, porque se había aburrido de la rutina.

Ya que tenía un día extra libre, me dispuse a limpiar aquel caos. Me harté de estar triste y de tener mi mundo de cabeza. Puse música de Bon Jovi, limpié la casa, lavé la ropa, tendí mi cama y tiré todo lo que sentí que ya no me hacía falta, todo lo que me sobraba: todas las fotos, toda su ropa, hasta su guitarra acústica (la que nunca aprendió a tocar).

Por la tarde fui de compras. Llené el carrito de cosas que me gusta comer y que en muchas ocasiones no compraba porque a Ismael no le gustaban. Me sorprendió que la mayoría de las cosas fueran saludables. Mientras caminaba por el pasillo de cereales para buscar la granola, vi los estúpidos Corn Pops, ¡nunca me gustaron!, pero yo era esa clase de novia tonta que adopta las costumbres y gustos de su pareja. Imitar para agradar; no sé cómo pude vivir así tantos años.

2

Los siguientes días fueron extraños. Una especie de montaña rusa en la que bajaba y subía sin poder controlarlo. A veces estaba

bien, me levantaba temprano, desayunaba antes de ir al trabajo, incluso me pintaba de rojo los labios y fingía que no pensaba en él. Pero otros días despertaba con los ojos hinchados, pues la noche se me había ido en un largo insomnio de lágrimas escurriendo por mi rostro, de suspiros y sollozos que contenían pena, añoranza, tristeza, incluso agonía, reprochándome qué había hecho mal. En esos momentos lo aborrecía, ¡tantas ilusiones incumplidas!, ilusa creí que había suficiente amor entre nosotros. ¿Cuándo fue que se acabó? No me di cuenta. ¿Por qué nos alejamos? Nos convertimos en desconocidos viviendo bajo el mismo techo, habitando mundos separados. Me parecía que había sido ayer cuando estuvimos tan enamorados. En cada amanecer, mientras el sol se colaba por la ventana, me preguntaba: *¿alguna vez te acuerdas de mí, Ismael?*

Ismael conoció a Vicky en un bar. Ella estudiaba teatro en las mañanas y trabajaba como *bartender* en las noches, por supuesto era muy bonita y diez años menor que nosotros, que ya teníamos treinta y dos.

Yo sabía que no tenía caso buscarlo, era consciente de ello, no obstante, en una ocasión que a mi cuerpo lo recorrió la urgencia de saber de él, sin importarme que era medianoche, en pantuflas y con sólo un abrigo de estambre sobre la pijama, salí del departamento, decidida a encontrarme con él en ese preciso instante. No me fijé al cruzar la calle y casi me atropella un carro.

—¡Estúpida! —vociferó el conductor.

—Lo soy —respondí, mientras las lágrimas se escapaban de mis ojos. Di media vuelta y regresé al departamento, me acurrugué en el sofá, dejando que el llanto saliera de mí esta vez sin reprimirlo. Podía imaginarme lo patética que era esa escena y eso

me provocaba un coraje inmenso contra mí. Estaba absorta en mis pensamientos cuando el timbre de la puerta sonó. Me sequé las lágrimas con las mangas de mi abrigo, me asomé por la mirilla y ahí estaba Ismael. Sonreí como una tonta y de nuevo las lágrimas se escurrieron lentamente.

Una vez adentro del departamento, le ofrecí algo de tomar.

—No, gracias —respondió—. ¿Cómo estás? —agregó mirándome como si en verdad yo le importara.

Me senté junto a él.

—Estoy mucho mejor de lo que me veo hoy, no te dejes llevar por las apariencias —él me tomó de las manos.

—Lo lamento tanto, no quería hacerte daño. Todo va a estar bien. Tú vas a estar bien. Discúlpame si te defraudé, Irene. Nunca fue mi intención romperte el corazón, pero siento que si me quedo voy a hacerte más daño. Eres la persona más buena que me ha mandado Dios y tal vez me arrepienta toda la vida de esto, pero no puedo seguir aquí. Por diez años tuve la certeza de que tú eras el amor de mi vida. Pero no sé qué pasó. Juro que le rogué a mi corazón que no dejara de amarte... ¡Y es que te quiero! ¡Claro que te quiero, Irene! Pero no de la manera que tú mereces... mereces a alguien que corresponda todo lo que tú das... Ojalá me puedas perdonar.

Me tapé la boca para contener el sollozo, pero los gemidos ahogados con suspiros fueron inevitables. Entonces me abrazó y pude percibir el aroma de su fragancia, que siempre me recordaba el mar. ¡Lo extrañaba tanto! Quería que volviera. Mis oídos se rehusaron a asimilar lo que él acababa de decir. Al tenerlo tan cerca de mí, sin saber si otra vez eso iba a suceder, me acerqué tímidamente y me atreví a darle un beso. Aquel beso fue suave, mojado, salado y temeroso. Él me correspondió, me secó las lágrimas con sus manos y susurró:

—Eres muy bonita.

Volvió a besarme, esta vez apasionadamente. Me dejé guiar por él. Del sofá pasamos a la cama en cuestión de segundos y ahí hicimos el amor. Inmediatamente al terminar, de un salto salió de la cama para vestirse. No tuve tiempo de decir nada.

—Me tengo que ir, quedé de recoger a Vicky en el bar —me dio un beso en la frente y se fue.

Yo no salía de mi asombro, no hice ni un gesto, ni un ruido, ni siquiera lloré, me quedé inerte mirando el techo. ¡No quería pensar!

A la mañana siguiente estaba confundida, lo lógico era odiarlo, pero no podía.

Me empezó a rondar la idea en la cabeza de que tal vez podría recuperar lo que creía nuestro. “Él sólo necesita tiempo”, me dije.

Le llamé por teléfono mientras colocaba en la estufa la tetera.

—Hola...

—Ahorita no puedo hablar, Irene.

—¿Estás con ella? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Irene, discúlpame —colgó.

Apagué la estufa; se me fue el apetito. Me senté en el sofá de la sala, una angustia se apoderaba de mí. Me regañé: “Con llorar no solucionas nada”. No podía rendirme así de fácil. *El amor se tiene que pelear. Él aún me quiere, anoche me lo demostró*, me aferré a ese pensamiento. *Él me ama. Nadie deja de amar de la noche a la mañana.*

A partir de ese día, todas las noches le marcaba por teléfono (yo sabía a qué hora no estaba con Vicky). A veces aceptaba verme, otras no.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien. Quiero verte...

—No puedo, lo mejor es que ya no nos veamos —me dijo inmediatamente.

—Como amigos, sólo para charlar, por favor —casi le supliqué mientras me mordía las uñas.

—Quizá pueda ir mañana un rato, pero sólo un rato.

—Está bien.

Comencé a conformarme con sus visitas esporádicas, acepté su intermitencia.

Llegaba a la casa, cenábamos juntos, casi siempre acabábamos haciendo el amor. Me reconfortaba seguir siendo de alguna manera parte de su vida, imaginaba que tal vez un día se iba a dar cuenta de que era junto a mí, su pasado, su presente, su futuro, su verdadera felicidad. Pero cuando pasaba muchos días sin verlo era ineludible caer en una espiral de inquietud y desesperación. En una ocasión llegué a enviarle cien mensajes de texto, eso lo hartó de tal forma que se alejó y prometió que esta vez sería para siempre.

—¡Ya, Irene! ¡Basta! —me gritó en cuanto abrí la puerta. Me dio miedo la manera en que me miró, nunca lo había visto así de enojado. Retrocedí un paso. Él entró al departamento, cerró la puerta de un azotón, se mordió los labios tratando de escoger las palabras que iba a decirme:

—Por todo lo que vivimos juntos y todo lo que nos une, he tratado de apoyarte. Sé que hago mal al verte y te pido perdón por ello. No voy a regresar contigo, ya no te amo, ahora estoy con Vicky y soy feliz con ella —se esforzó por serenarse. Agaché la cabeza para que no me viera llorar, pero él me levantó la quijada para mirarme a los ojos—. Vas a encontrar a alguien que te valore y que te merezca, yo no soy esa persona —se dio media vuelta—. Ya no me busques, por favor, Irene —dijo antes de irse.

La decisión ya estaba tomada, tenía que avanzar. Quedarme ahí desolada me hacía mucho daño. Pero no tenía ni puta idea de por dónde comenzar. Mi corazón era un rompecabezas con

piezas extraviadas, tenía que salir al mundo a buscar las piezas perdidas. Pero cómo se supone que iba a olvidarlo si me rodeaban las mismas paredes que nos habían cobijado por diez años, si las sábanas aún olían a su perfume; cómo se supone que iba a olvidarlo si trabajaba para él; cómo se supone que iba a olvidarlo si a unas cuantas calles de distancia trabajaba Vicky y a veces la veía en la calle —ella siempre me evadía, cruzaba a la acera contraria y se metía por cualquier calle para evitar toparnos de frente—; cómo se supone que iba a olvidarlo si las fotos juntos nunca llegaron al cesto de basura, las rompí pero no tuve el valor de tirarlas; cómo lo olvidaría si escuchaba una y otra vez a Mon Laferte.

3

Era primero de octubre. Siempre me gustó ese mes, sentía que todas las cosas buenas en mi vida sucedían en octubre. Una tarde de octubre conocí a Ismael, así que me sentí optimista y nostálgica a la vez... Me sacudí los pensamientos melancólicos, no tenía mucho tiempo para llorar, la mudanza llegaría en una hora. Le pedí a Ismael que no estuviera presente, prometí sólo llevarme mis cosas, aunque en realidad no quedaban muchas de las suyas, la mayoría ya las había roto o quemado. Entre las pocas cosas que quedaban le dejé el pizarrón de postales, para recordarle que no había cumplido su promesa de recorrer el mundo conmigo. También le dejé el refrigerador, la estufa, el sofá, la cama, el comedor y todos los espejos. Me llevé el recetario de comida vegana que nunca quiso preparar, los heilechos y las flores, mi escritorio, el ropero que me había regalado mi mamá, mi colección de imanes de frutas para el refrigerador, todos los libros y los CD.

Regresar a casa de mi madre no era la idea que más me entusiasma, pero ahora, al estar desempleada, no tenía muchas opciones.

Mi madre era viuda. Mi padre falleció cuando yo tenía seis años. Nos heredó un viejo hostal en el centro de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, lugar en el que nací y viví hasta que cumplí dieciocho años, después me mudé a Ciudad de México para estudiar la universidad. Desde entonces no había vuelto. A veces mi mamá me visitaba en la ciudad, pero los últimos años dejó de hacerlo ya que nuestra relación era algo confrontativa, se llevaba mejor con Ismael que conmigo, por esa razón cuando le conté de la ruptura no entré en detalles, imaginé que pensaría que yo había sido la culpable.

Llegué a la central de autobuses de San Cristóbal de las Casas, estaba repleta de turistas, pero entre la multitud distinguí de inmediato a mi madre. Ella me sonrió con compasión, yo hice un gesto que pretendía ser una sonrisa, pero sólo quedó en una mueca insulsa. Se ofreció a ayudarme con las maletas y le cedí una.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó. En su mirada percibí dulzura y una sincera preocupación, no pude contenerme, me incliné a abrazarla y sobre su hombro dejé caer las lágrimas sin decir ni una sola palabra. Ella me envolvió en un cálido abrazo. Me sentí protegida.

—Todo estará bien, cariño —me dijo al mismo tiempo que acarició mi cabellera.

Aún utilizaba su vieja camioneta Ford Pick Up 1970. Durante el recorrido platicamos banalidades, mamá habló más, yo sólo le contestaba con monosílabos mientras contemplaba el cielo azul. Nos rodeaban montañas fértiles y verdes; me sentí tranquila. El frío me hizo acurrucarme en el asiento. Me mordí el labio al mirar mi reflejo en el espejo, me veía cansada. Dirigí la mirada a mi madre,

que se concentraba en conducir, y las dos guardamos silencio por un rato. En la radio sonaba “Buenas noches, desolación” de Julieta Venegas, mamá movía la cabeza al ritmo de la canción y, tal vez sintiendo mi mirada, se giró para verme y me sonrió. Ella tenía cincuenta y tres años, era de complexión robusta y sus mejillas siempre estaban sonrosadas, en su rostro no se miraba ninguna arruga; su temple era sereno: a pesar de que siempre discutíamos por nimiedades, no recuerdo nunca haberla visto perder los estribos, pero tampoco tengo memoria de haberla visto llena de júbilo.

Llegamos en veinte minutos al hostel: La casa del brujo, una casa antigua, como todas las de la zona, con la fachada azul celeste y el techo de teja de barro. El zaguán estaba abierto de par en par, muchas macetas verdes decoraban el patio principal. En la sala exterior estaban un par de extranjeros bebiendo vino, en la recepción estaba Amelia, una gran amiga de mi madre de unos sesenta años.

Me llamó la atención la decoración del hostel: en el barandal de las escaleras estaba enredada una serie de luces que a la intermitencia cambiaba de color; en una pared del recibidor estaban pintados muchos colibríes; en las otras paredes había hermosos cuadros de pinturas al óleo, grabados y litografías; de esquina a esquina del techo colgaban mantas de colores, rojo, amarillo y azul, todos los muebles eran de madera y en la sala principal un librero cubría toda la pared. Los libros del hostel estaban a disposición de los visitantes, podían llevarse el que quisieran siempre que dejaran otro a cambio.

—¡Qué agradable se ve el hostel! —le comenté a Amelia.

—Todo ha sido idea de Minerva —me respondió saliendo de la recepción para darme un fuerte abrazo—. Bienvenida.



Prepárate para emprender de nuevo el vuelo de la mano de Sue Zurita. La autora de *El viaje de los colibríes* y *Aquellos días* nos abre su corazón con estas historias que parecen escritas especialmente para ti.

En este volumen se recopilan los mejores relatos de Sue Zurita, extraídos de las ediciones independientes de *Los pájaros que habitan mi corazón* y *Buenas noches, desolación*, junto con algunos cuentos que nunca habían visto la luz y que la autora pone por fin a disposición de sus lectores. Algunos de ellos te proporcionarán respuestas a dudas que te persiguen, otros supondrán un abrazo al alma, y en algunos casos encontrarás la fuerza para superar los obstáculos propios de la vida y del día a día. Las historias de Sahara, Luis, Julieta, Marcela, Darisnel... nos hablan de amores y desamores, de la pérdida de un ser querido y de la fortaleza de uno mismo para superar las adversidades. Gracias a ellas descubriremos que en la vida nos sucederán cosas increíbles, divertidas y fantásticas... y también otras aburridas, menos gratas o dolorosas, pero que al fin y al cabo todas son experiencias que nos enseñarán a seguir adelante y gozar de la vida con todo su esplendor.

Aunque hoy no lo creas posible, al cabo de un tiempo encuentras las respuestas a tantos porqués...



Grijalbo





FIC00000 FICCIÓN / GENERAL

ISBN 978-607-384-382-9



9 786073 843829 >



penguinlibros.com
    [penguinlibros.mx](https://www.penguinlibros.mx)

**DISPONIBLE EN
EBOOK Y AUDIOLIBRO**